rado como sumergida en el abismo de las aguas. Tan gran consuelo no pudo menos que llevarla á mostrarse sumamente agradecida á la mano bondadosa de Dios, que la había sacado de tan repetidas inquietudes y sobresaltos.

Las Hijas de la Beata Madre tampoco olvidarán, á través de los siglos, los favores recibidos de la amabilísima Virgen María. Sus ojos se dirigen de continuo á esta hermosa y brillante Estrella, que hasta hoy nunca ha cesado ni cesará de beneficiar á la Orden entera: sus vidas, consagradas en obsequio de la divina Señora, serán como un perpetuo tributo de gratitud á sus bondades, y con el rezo del santo Rosario y del Oficio parvo darán una prueba incesante del amor acendrado y filial que profesan á su Madre y Capitana, la Santísima Virgen María.

XIX

Como recuerdo imperecedero, apuntaremos en estas páginas una breve noticia de alguna de las primeras piedras fundamentales de la Compañía de María.

Serena Coqueau nació en Burdeos el año

1588, de padres no opulentos, pero ricos en honradez y religiosidad, los que se aplicaron en educar á su hija en las buenas costumbres y en el santo amor y temor de Dios. Encontró la piadosa jovencita buen apoyo en la persona de la Sra. de Lestonnac, á la sazón que llenaba todo Burdeos la fama de sus virtudes. La M. Juana comunicó mucho con ella, y cuando ésta cumplía los diecisiete años de su edad, le confió el secreto de la fundación que proyectaba. El nombre de Serena que llevaba, le pareció á la Beata Madre que era un buen augurio, pues le significaba, que aun cuando le amenazasen grandes tempestades, no se anublaría la serenidad de su alma.

Magdalena de Landrevie, muy dócil á las inspiraciones del Espíritu Santo, despreciando al mundo que la halagaba y en el que podía brillar por las cualidades que la adornaban, hizo voto, desde niña, de perpetua virginidad. Tenía una memoria feliz; repetía correctamente los sermones oídos una sola vez: dotada también de júicio recto y de rara prudencia, juntaba á estas virtudes naturales, una completa desconfianza de sí misma y una entera confianza en Dios.

Isabel de Maisonneuve, honor de Bur-

deos, su patria, era hija de un célebre abogado del Parlamento. De un natural dulce y simpático, y de carácter risueño y grave á la vez, se hacía amar y respetar de todos. La devoción muy especial que profesaba á la Santísima Virgen, la inclinó desde luego á alistarse debajo la bandera de la Compañía de Nuestra Señora. Tenía la Beata Madre para con ella consideraciones muy particulares, debidas á la firmeza y generosidad de su alma; pues no se rendía ante ningún obstáculo ni sacrificio.

Margarita de Poyferré se distinguía por sus virtudes y elevado nacimiento; contaba á poca diferencia la misma edad de Serena Coqueau. La conformidad de sentimientos con la Sierva del Señor hizo que la escogiera para confidente é inmediata ayudante suya, en el ínterin que se disponía, con sus méritos y trabajos, para ser una de las glorias de la Compañía de María. Cuando se dirigió á la casa del Espiritu Santo, la acompañaron muchas de sus amigas, cantando el salmo *In exitu Israel de Ægypto*... comparando la despedida del mundo y su admisión en la Religión, á la salida de los israelitas de Egipto y entrada en la Tierra prometida. Al pasar los umbrales de la casa del Señor se echó á los

piés de la Fundadora, á la que estimó y tomó, desde este momento, como madre, y ésta la recibió y consideró siempre como una de las hijas más queridas.

XX

La profesión religiosa de las diez novicias fué como el dedo de Dios, que dió crecimiento al nuevo Instituto. Hasta entonces ninguna otra pretendiente se había presentado: tal vez rehusaban abrazar un estado de vida cuyos fundamentos parecían poco sólidos; mas, á partir de aquel hecho, acudieron á Burdeos, en gran número, doncellas excelentes, no solamente de la Guyenne, sino de Périgord, Saintonge y Languedoc, solicitando el honor de ser contadas entre las fieles esposas de Jesucristo.

Fundada, bien cimentada y provista de excelente personal, empezó la Orden de Nuestra Señora á desarrollarse admirablemente, y pasando los lindes de Burdeos, extendió sus ramificaciones bienhechoras hacia Beziers, Poitiers, Le Puy, Tolosa, Periguex, Agen, Riom, Sains, Pau y otras ciudades, teniendo la Beata M. de Lestonnac el consuelo, antes de morir, de ver fundadas treinta casas de su Orden.

Para no traspasar los límites que nos hemos impuesto, no relataremos aquí la larga historia de los grandes progresos que hizo esta obra de Dios; sólo nos contentaremos con poner al fin de estas páginas el Catálogo de las Casas fundadas, desde la primera hasta las de nuestros días, notando de paso las suprimidas y las que existen actualmente. La venerable Fundadora fué, hasta lo último de su vida, el motor y resorte que daba impulso á la marcha progresiva de esta colosal empresa. En sus tareas de apóstol no tenía otro fin que el amor de Dios y la salvación de las almas. Su divisa favorita era la del gran Patriarca San Ignacio de Loyola: «A la mayor gloria de Dios.» En cierta ocasión exclamaba: «Divino Jesús mío, ¡oh si me fuese dado ir por todos los ángulos del universo, y abrasar en amor de Dios á todas las criaturas!» y preguntándole por que exhalaba de su pecho tan amorosos suspiros, respondió: «¡Ay, hijas queridas, si conociéramos cuanto cuesta á Dios una alma! De buena gana sacrificaríamos nuestros bienes, talentos y la misma vida, á trueque de ganar una sola alma y salvarla.»

XXI

El espíritu propio de la Compañía de María es unir la vida contemplativa con la vida activa. Para la primera se señalan los ejercicios de oración mental, examen particular y general, lectura espiritual, frecuencia de Sacramentos, rezo del santo Rosario y del Oficio parvo, silencio interior y exterior, humildad, caridad, retiro mensual, retiros anuales que preceden á la renovación de los santos votos, y otras prácticas de piedad encaminadas á santificar las obras ordinarias de cada día.

La vida activa de asiduo desvelo y laboriosidad en este Instituto, consiste en la enseñanza y educación de la juventud. El celo de las Hijas de Nuestra Señora se aplica en primer lugar á educar á las niñas de familias distinguidas en la sociedad, para formarlas en la piedad y virtud, é instruirlas, como dice la Beata Madre, «en todo lo conveniente á una hija bien nacida.» Mas no por esto se olvida de las niñas menos acomodadas y menesterosas; pues en todas las casas, al lado opuesto á los grandes Pensionados, se abren clases

gratuitas, muy capaces, para aquella porción querida del divino Salvador. La tierna y sólida devoción á la augusta Virgen María es el medio más seguro, que constantemente emplearán, para inspirar á todas sus alumnas el amor y temor santo de Dios, y la fidelidad á los deberes de verdaderas cristianas. En fin, la venerable Fundadora resume el carácter particular de la Orden de Nuestra Señora en este lema: «Trabajar ó sufrir, y todo á la mayor gloria de Dios.»

XXII

La Beata M. de Lestonnac, á los cincuenta y cinco años de edad se encontraba al frente de una Comunidad bien regulada y magníficamente organizada. Conservaba la hermosura y lozanía de la juventud, y con el adorno de otras prendas, gracias y virtudes, se hacía amar y respetar de cuantas personas la conocían y trataban. Nos complacemos en delinear el retrato de esta mujer grande y perfecta. Su estatura era alta y esbelta, el andar grave y majestuoso, los ojos grandes y azules, la nariz aguileña, los cabellos rubios, la cara llena y el color

blanco y rosado, su cuello torneado y el hablar gracioso. En todo su porte y ademanes resplandecían la nobleza, la modestia, la serenidad y la devoción.

La hermosura moral de la Sierva del Señor era todavía más admirable. Poseía un espíritu magnánimo y elevado, un entendimiento recto y sólido; estaba dotada de juicio claro y perspicaz, de voluntad firme y enérgica, y de un corazón grande y generoso; en una palabra, su alma se hallaba enriquecida de dones muy preciosos.

La unión con Dios era continua: de estas divinas comunicaciones sacaba aquel secreto sobrenatural, que da gracia á las palabras y acciones, y dones para gobernar con acierto las casas religiosas y dirigir las almas á la perfección.

¡Qué espectáculo tan hermoso ver á la venerable Fundadora ejercitar las obras del servicio de Dios, usando fielmente de los dones naturales y sobrenaturales que había recibido de su divina mano! Activa por naturaleza, resolvía un negocio, un asunto, una duda con tal precisión, que en un momento preveía el fin, los medios y las dificultades: exacta en el recto juicio que formaba de las cosas, se determinaba inmediatamente por el lado más ventajoso

y conveniente: paciente y firme en la ejecución de obras arduas y difíciles, continuaba constante hasta el fin, sin que ninguna dificultad fuese capaz de vencer su valor y magnanimidad.

No se podría dar por terminado el retrato de la Beata M. de Lestonnac si dejáramos de apuntar una cualidad muy especial que podríamos llamar «la gracia eficaz de las palabras,» pues como ella estaba dotada de buen juicio, clara inteligencia y de un espíritu muy superior ó poco común, sus palabras salían graves sin afectación, fuertes sin rusticidad, y dulces sin melindres: era pues, su hablar circunspecto, verídico, sencillo, sin lisonjas ni exageraciones, tenían sus palabras tal gracia y fuerza, que servían, de modo admirable, á su propósito de atraer santamente las voluntades de los demás á la suya.

En fin, concluiremos con lo que de esta gran Sierva del Señor se decía en los primeros años de su juventud: «Al par de la hermosura de su elevado espíritu, al que todos admiran, atrae la pública atención la belleza exterior de su persona; pero ello es solamente como un terso velo que envuelve un alma muy superior é incomparablemente más hermosa.» Y á continuación añadían: «No se sabe qué admirar más, si la belleza de su cuerpo, ó la de su alma: lo más acertado será decir que la naturaleza parece como que se complació en hacer de ella una obra maestra, colocando su hermosa alma dentro de un lindísimo cuerpo, para que, al modo de gran princesa, habitara en palacio muy suntuoso y magnífico.»

XXIII

Corría el año 1620, y la Orden de Nuestra Señora no contaba aún con Reglas y Constituciones particulares. El plan general de regularidad estaba marcado en la «Fórmula del Instituto,» aprobado por el Papa Paulo V. Con todo, se hubo de añadir algunas líneas de conducta y varias instrucciones, á manera de artículos, sobre la práctica de los deberes esenciales de la vida religiosa, y todos estos documentos recopilados en un cuaderno, los guardaba cuidadosa la Madre Fundadora. Este ensayo, algo imperfecto é incorrecto, que se había hecho con lentitud y según la necesidad y las circunstancias lo reclamaban, no bastaba para uniformar perfectamente las acciones diarias, las prácticas espirituales y los empleos de la Casa.

La M. de Lestonnac, muy celosa de la perfección y progreso espiritual de la Compañía de María, había pedido al P. de Bordes, siempre adicto al Instituto, al que vió nacer y desarrollarse, tuviese á bien ocuparse de la redacción definitiva de las Reglas y Constituciones. El buen Padre prometió gustoso ocuparse de ello; pero enviado entonces por los Superiores á la residencia de Pau, no pudo acabar con presteza tan importante trabajo.

Llegó el 2 de Abril del año 1620, y tuvo la M. de Lectonnac el grande sentimiento de perder al P. Juan de Bordes, su coadjutor, como hemos, visto en la fundación de la Orden de Nuestra Señora, el que falleció el citado día en Santa María de Olorón, en Bearn, coronando su santa vida con una muerte dichosísima. En todos los lugares regados con los sudores y fatigas de su apostólico celo, se vió reflorecer la devoción á la Reina de los cielos y el culto solemne á la adorable Eucaristía. El concepto que tenían de su grande santidad atrajo numeroso gentío á sus exequias, y entre los canónigos y ciudadanos medió una contienda, disputándose el honor de llevar el venerable cadáver; y se terminó tan piadosa porfía con el buen acuerdo de llevarlo á trechos

unos y otros. Este testimonio espontáneo de veneración al Apóstol de Bearn, era como el preludio del honor y de la gloria que su alma recibiría al entrar en el cielo.

La muerte del P. de Bordes no dejó, sin embargo, irrealizado, ni siquiera incompleto el trabajo que se le confiara, de redactar definitivamente las Reglas y Constituciones de la Orden de Nuestra Señora, las que trazó según el modelo de las de la Compañía de Jesús. El celosísimo Misionero de Bearn, en medio de sus ocupaciones y de sus trabajos apostólicos, había dado ya la última mano á su obra favorita, pero no quiso que apareciera hasta después de su muerte. Avisado, por divina revelación, que se acercaba el fin de sus días, envió los manuscritos, bajo pliego cerrado y sellado, á un amigo suyo, el Sr. Hayet, residente en Bayona, rogándole que luego que tuviese noticia cierta de su fallecimiento, se sirviese remitir con toda seguridad el pliego al Sr. de Bordes, su sobrino, abogado en el Parlamento de Burdeos, y que este señor lo entregase intacto á la M. Juana de Lestonnac. Hecha esta última diligencia, el P. Juan de Bordes aguardó en paz la hora de su muerte, que acaeció pocas semanas después.

Al obrar de esta suerte el humilde P. de

Bordes, parece tendría la mira de ocultar la gloria que le resultara de ser, en cierto modo, el legislador de esta gran Familia religiosa; como también para dejar, prudentemente, una entera libertad á las personas que hubiesen de aprobar su obra.

Con grande gozo y consuelo de su alma recibió la Beata Fundadora el manuscrito que contenía las Reglas y Constituciones, muy deseadas y estimadas de su corazón. El ventajoso concepto que tenía de las virtudes del P. de Bordes hubiera bastado para aprobar y aceptar unas Reglas, evidentemente escritas bajo la protección de Dios: con todo, para que tuviesen la fuerza conveniente, se sometieron á la aprobación de la autoridad eclesiástica. El Cardenal de Sourdis ordenó que se examinasen con sumo cuidado por personas doctas y muy graves. Intervinieron en esta consulta el Vicario general, algunos teólogos y cuatro Padres de la Compañía de Jesús.

Además se inquirió el parecer de la Madre de Lestonnac, la que manifestó el conocimiento que tenía de las dichas Reglas y Constituciones, é hizo alguna explicación, de la que resultaron algunas ligeras modificaciones. Finalmente el Cardenal, ateniéndose á la conformidad muy favorable de la respetable Comisión, aprobó y confirmó las Reglas y Constituciones propuestas, que son las mismas que se han observado hasta nuestros días.

Muy pronto fueron enviadas á todas las Casas de la Orden, junto con una afectuosa circular de la Beata Fundadora, en la que compendió, en breves cláusulas, la historia de la Compañía de María, y concluyó animando é incitando á todas sus hijas á observar fielmente las Reglas y Constituciones, para obtener con más seguridad el fin de nuestro Instituto, que es la gloria de Dios y la salvación de las almas.

XXIV

A este tiempo plugo al Señor que la muerte continuase arrebatando, uno tras otro, seres muy queridos de la M. de Lestonnac. Su hijo el Barón de Montferrant murió, dejando una esposa afligidísima é inexperta para el manejo de los negocios de su ilustre casa, y tres hijos, Bernardo, Juana y Francisca, menores edad. Con el consejo de sus superiores, tomó la Beata Madre el cuidado de esta su afligida familia; consoló á la nuera con la eficacia de sus pa-